

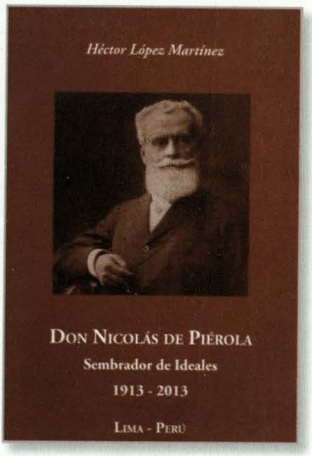
SEÑORA ESPERANZA NAVARRO PANTAC
Comentarista

Héctor López Martínez

Don Nicolás de Piérola, sembrador de ideales, 1913-2013

Lima, F. M. Servicios Gráficos S. A., 2013

175 p., 13 x 20 cm



Nicolás de Piérola, figura legendaria de nuestro pasado, es el conspirador impenitente, amado y odiado por igual. Podríamos decir que es el primer peruano de quien se sepa que tuviera tal capacidad de influencia y liderazgo, de ardientes y devotos seguidores. El Teniente de la Real Marina Británica Reginald Carey Brenton, a quien, durante el asalto a Lima por el ejército chileno en 1881, le tocó servir como observador en las filas peruanas, nos brinda una imagen objetiva de Piérola en los momentos críticos previos a la batalla de Miraflores, después de la toma de Chorrillos. Se produce el encuentro en la casa de don Guillermo Schell, en Miraflores, durante la reunión-almuerzo con el cuerpo diplomático y los Almirantes de los buques neutrales, para las negociaciones de paz. Brenton registra para lo posteridad:

> "Piérola no parecía estar de mal ánimo ni deprimido por los acontecimientos del día y me conversó amablemente durante el almuerzo. Pude observar cuán distinto era del resto de los peruanos que yo había conocido. Hablaba muy calmadamente, sin nada del acaloramiento y verbosidad a que me había acostumbrado tanto. Conseguía una total sumisión de sus subordinados y era claro que aunque carecía del genio militar o de una personalidad carismática, era un hombre que se imponía en virtud de una especie de superioridad intelectual sobre los que le rodeaban. Esto era muy claro para un extranjero como yo." (*Testimonios británicos de la ocupación chilena de Lima. Celia Wu Brading, 1986).*



Lo que sí resulta evidente es, que para el criterio anglosajón, un personaje como don Nicolás resultaba del todo incomprensible. El año 1877, en que Piérola, a bordo del "Huáscar" rebelde, se enfrentara a los buques británicos "Shah" y "Amethyst" en el combate de Pacocha, los informes de los jefes británicos, Almirantes de Horsey y Bedford, prestaron una imagen burda y caricaturesca de Piérola, a quien pintaban como un absurdo hombrecillo, desatinado, obsesionado con la defensa de la honra, con una extravagancia rayana en lo quijotesco.

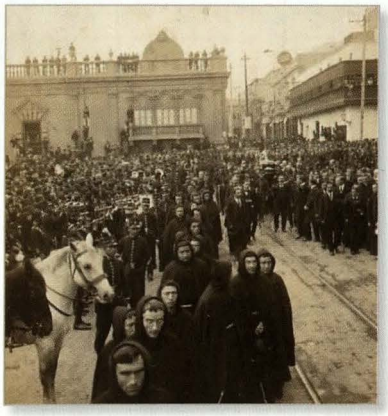
Con la lejanía que da el tiempo, la figura del personaje se ha ido desdibujando, recordado quizá solo por las desgracias de la defensa de Lima. Sin embargo, nos perdemos una rotunda personalidad que marcó el destino de la República durante casi cuarenta años, con valores que hoy día parecen míticos: su idealismo, su recalcitrante honestidad y la acérrima virtud que mantuvo durante el ejercicio del gobierno. Y, por supuesto, patriotismo y valentía: recordemos que se bate en primera línea en San Juan y en Miraflores.

Héctor López Martínez puntualiza la deuda que el Perú tiene con el "Califa", lo que significó su gestión presidencial de 1895 a 1899, en un país que se empeñaba en la reconstrucción después de la debacle de la guerra, y que, a decir del vencedor, debía sumirnos en la desgracia por cuarenta años. Piérola introdujo entonces un nuevo estilo de hacer política con respeto escrupuloso de la Constitución.

A través de las páginas de la obra va emergiendo la imagen de ese hombre que podría ser definido con una palabra: hidalguía. Puntualiza su actuación

en las batallas de San Juan y Miraflores, la fundación del Partido Demócrata en 1882, en plena ocupación chilena, y su posterior desarrollo. La guerra civil entre la Coalición Nacional, dirigida por Piérola, y el gobierno del General Cáceres; y luego su impecable mandato presidencial hasta 1899. El último capítulo cierra la vida y la trayectoria política de don Nicolás. A través de las noticias del diario El Comercio, López Martínez da cuenta de los días finales y la muerte del emérito patriota, fechas de triste recordación: del 18 al 23 de junio de 1913. No obstante la natural frialdad de la información periodística, la secuencia de los partes médicos y reportes del periodista adquieren una dimensión emotiva y sentimental que transpone el tiempo.







Comenta el autor que:

> "Frente a la casa del líder demócrata, una muchedumbre silenciosa y modesta de correligionarios, admiradores y público en general, hacía la guardia las 24 horas del día, procurando inquirir noticia cierta sobre el estado de salud del veterano político. Muchos de ellos, hombres y mujeres, musitaban oraciones. Conforme pasaba el tiempo, la esperanza de una recuperación se iba desvaneciendo. Había que prepararse para lo peor, el adiós definitivo del peruano ejemplar".

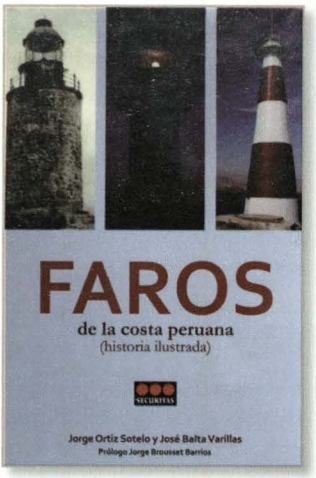
El 23 de junio de 1913 entregó su alma al Señor. El 2013, año de la edición de este libro, se han cumplido cien años de su partida.

Jorge Ortiz Sotelo y José Balta Varillas

Faros de la costa peruana (historia ilustrada)

Lima, Securitas S. A. C., 2013.

199 p., cartas, croquis, fotos, mapas 31 x 24 cm



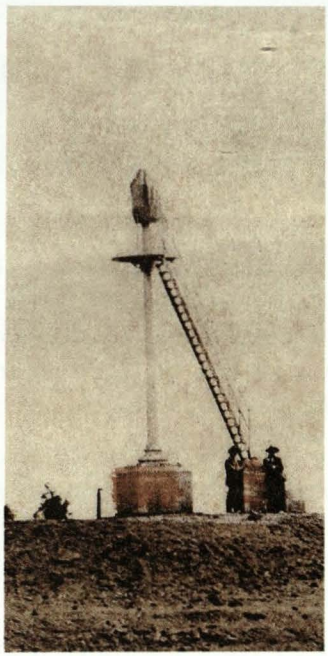
Una de las imágenes más evocativas de saudades y nostalgias es la silueta de un faro recortándose en la soledosa línea costera en lontananza. Sin embargo, por alguna razón los peruanos ignoramos la presencia de esas valientes lámparas que se yerguen luchando con la oscuridad... ¿Tenemos faros? Pues sí, además del faro de Miraflores y el del Callao, que son más bien ornamentales, tenemos faros, muchos, algunos existen desde mediados del siglo XIX. Y si queremos saber cuáles son, qué historia tienen, dónde están localizados, esta obra de reciente publicación registra, hermosamente representados, por cierto, todos los faros de la costa peruana, desde el extremo norte hasta el confín limítrofe en Tacna.

La más lejana referencia de la presencia de un faro en nuestro litoral como ayuda a la navegación, se remonta a febrero de 1837, cuando se estableció el pionero: una estructura blanca sobre la que se erguía un mástil que sostenía la lámpara cuya luz guiaba a los navegantes, los mismos que al entrar a puerto debían pagar un peso por el servicio. Bien avanzada la República, el Estado se responsabilizó de dotar de faros al país. En 1873 se aprobó un plan de faros, no solo luces de aproximación a los puertos sino también de orientación para la navegación. El proyecto se interrumpió cuando se declaró la Guerra con Chile. El tema se volvió a abordar solo después de 1905, por la Comisión Hidrográfica, y a partir de 1908 se iniciaron los trabajos para instalar los faros de las islas Mazorca, Guañape, Lobos de Afuera, y Lobos de Tierra, punta Pariñas, Huarmey y punta Coles.

En la actualidad la Dirección de Hidrografía y Navegación tiene a su cargo los 56 faros que funcionan en el litoral peruano, así como los del islote Palominos y los que están localizados en la isla Lobos de Afuera y en Camaná, todos ellos conservados como reliquias, pues ya no se encuentran en servicio. La Dirección es también responsable de los seis faros que funcionan en el lago Titicaca y los siete del río Amazonas.

Jorge Ortiz reseña la historia de cada uno de los faros, empezando por Tumbes, contando las contingencias de su instalación y mantenimiento en el tiempo. La descripción de cada uno de ellos es sustentada con las hermosas fotografías de José Balta Varillas. El libro está prologado por el Contralmirante Jorge Brousset Barrios, hidrógrafo, quien ha estado al frente de la Dirección de Hidrografía y Navegación.

Es la primera obra que sobre este tema aparece en el Perú, sin contar las listas de faros y señales náuticas en publicaciones institucionales del ramo. Hermoso álbum y excelente pieza bibliográfica.



Mollendo. Faro puesto en servicio en 1899 (Colección Humberto Currarino).